

UN PERRO SALVADO PARA EL EJÉRCITO

Un día Joey encontró un perro enfermo y hambriento, todo cubierto de heridas. Dándole unas cariñosas palmaditas en la cabeza, Joey consiguió sacarlo de un montón de basura vieja, en una callejuela.

Colocándolo en su carrito rojo, llevó al pobre animal para casa.

—Al final de cuentas, ¿qué vas a hacer con este viejo perro sarnoso? ¡Nosotros no queremos una cosa así por aquí! —dijo Mark, el hermano mayor de Joey.

—Mira, encontré este viejo perro en un monte de basura en la callecita de atrás del correo, y ahora voy a tratarlo y darle de comer.

Creo que debemos ser bondadosos con los animales. (¡Fue sobre eso que nuestro maestro de la escuela sabática nos habló el sábado pasado! —respondió Joey.

Joey le dio un baño al pobre perro y luego le puso pomada en las heridas. Entonces lo alimentó con algunas sobras de la cocina.

Después de comer, el perro, en agradecimiento, lamió las manos de Joey.

Ese gesto de gratitud dejó al muchacho muy satisfecho.

—¡Pobrecito! Voy a cuidar de ti y quedarás completamente bien —dijo Joey cariñosamente.

Algunos chicos fueron a ver al perro y se burlaron de él, pero Joey no se molestó. Él sabía que estaba haciendo lo que era correcto.

Algunas semanas después, el perro ya estaba bien y engordando.

Joey le puso el nombre de "Negrito", porque el pelo era bien negro y lustroso.

Algún tiempo después, Joey supo que el ejército usaba perros.

Más tarde, algunos soldados llegaron a aquella ciudad y, ayudados por un grupo de comerciantes, recorrieron las calles reclutando buenos perros para el ejército. Entonces Joey decidió donarles a Negrito.

Aunque no deseaba ni un poquito separarse de su perro, el niño creyó que aquel animal era demasiado grande para que él pudiera cuidarlo, pues siendo un mastín (perro guardián para ganado) comía mucho.

Joey entonces bañó muy bien a Negrito, lo alimentó y luego lo llevó al puesto de reclutamiento de perros.

— ¡Qué hermoso perro tienes! —exclamó el sargento.

Otros soldados vinieron después y admiraron mucho la belleza de Negrito.

— ¡Negrito desea alistarse! —dijo Joey.

El perro movió la cola y lamió las manos del alto y robusto sargento.

— ¡Muy bien! —Dijo el sargento—. Recibimos sólo algunos perros, y ninguno de ellos es tan bueno como éste. ¿Dices que el nombre de él es Negrito? Pues entonces lo llamaremos Negrito nomás. Vamos a examinarlo y te daremos un recibo; cuando acabe la guerra te lo devolveremos. Este es exactamente el tipo de perro que el ejército necesita para acompañar a los guardias, llevar mensajes y provisiones, y socorrer enfermos y heridos. ¡Qué maravilloso servicio estás prestando a tu país! Este es un perro pura sangre que fue muy bien tratado. ¿Dónde lo conseguiste?

Cuando Joey contó cómo había encontrado a Negrito, tan enfermo y casi muerto de hambre, en un montón de basura, el sargento casi no podía creerlo. Entonces elogió mucho al muchacho por haber cuidado tan bien al perro.

Al día siguiente, cuando Joey regresó al puesto de reclutamiento, se le informó que el perro había sido aceptado.

Entonces, todo feliz, fue a la perrera para despedirse de Negrito. El perro, saltando y moviendo la cola, lamió el rostro de Joey como queriendo decir:

— Hasta luego mi buen amigo; voy al puesto de entrenamiento del ejército, pero estaré de vuelta cuando la guerra termine. Voy a aprender muchas cosas y a realizar muchas hazañas y muchas otras cosas buenas. Me va a gustar el ejército y me voy a divertir con mis bondadosos entrenadores y también con los otros perros.

Joey se sentía muy contento por haber salvado a aquel perro, pues no sólo había practicado un acto de bondad, sino también ayudado al ejército y a su país.